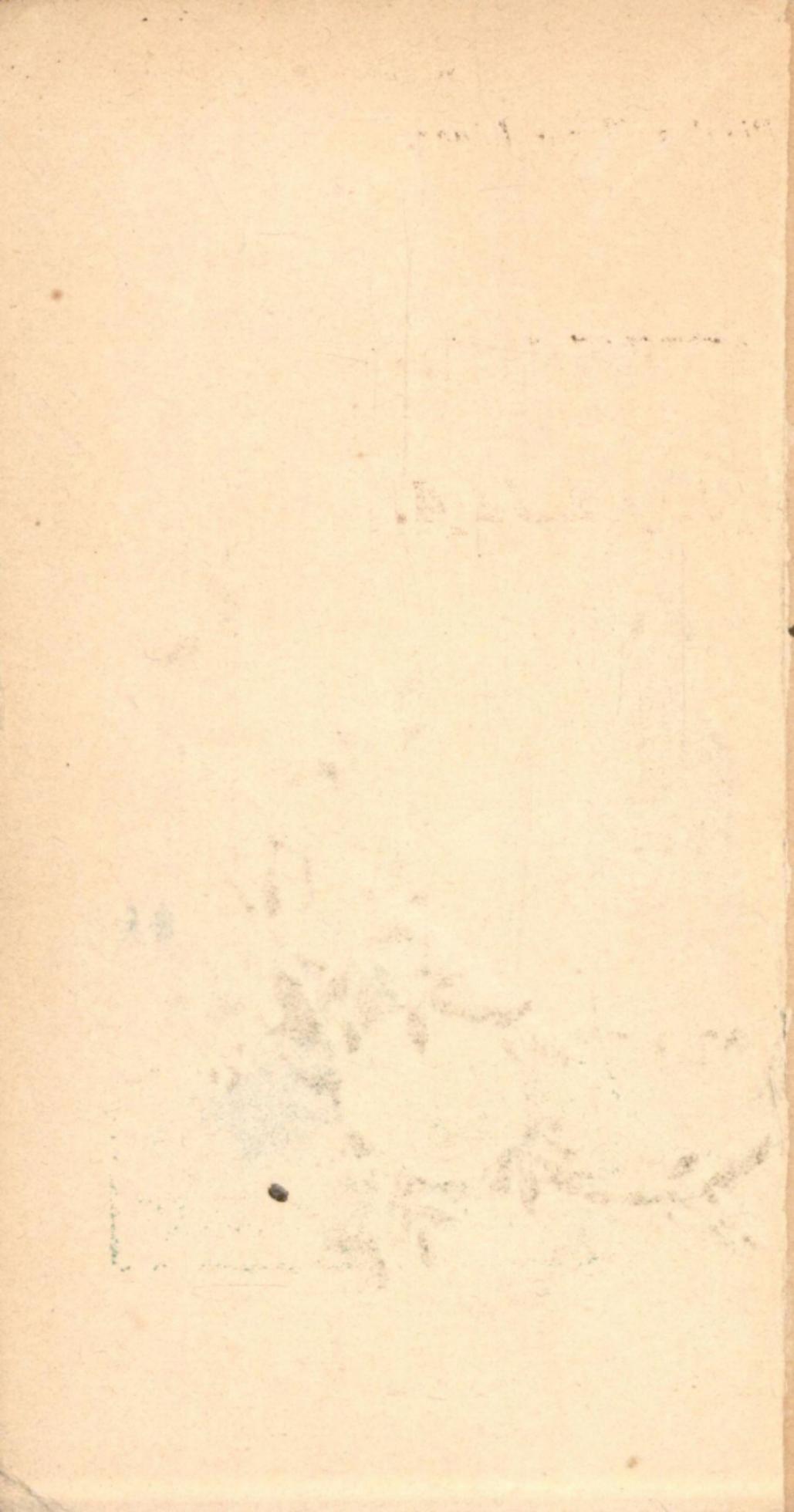


*Nicolás María López.*

**TRISTEZA  
ANDALUZA.**



Tip. Lit. Vda. e Hijos de P. V. Sabatel—Granada



R. 26.100

Z  
A  
563

Nicolás María López.

---

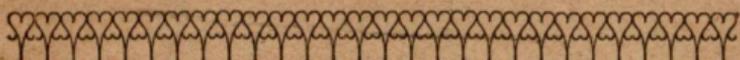
Tristeza  
andaluza.

BIBLIOTECA  
*Luis Rosales*

GRANADA.

Tip. Lit. Vda. é Hijos de Sabatel, Mesones, 52.





**E**N días de materialismo y ambiciones, las almas sencillas, que aman y sufren en silencio, se ocultan, rehuyendo turbadas el remolino de la vida, acercándose, como la hoja que arrastran las aguas, á los tranquilos remansos.

Cuando parece que agonizan los ideales y se desconyuntan los resortes interiores de un pueblo, los poetas claman como Feremias ó fustigan con la sátira como Juvenales; los pensadores quieren destruir ó pretenden crear; los literatos y artistas vacilan, y se hacen catequizadores ó visionarios aterrorizados; la literatura se transforma en polémica y el arte en audaces ensayos...

*Sin embargo, en medio de este desasosiego, muchas almas desean el descanso, y vuelven el rostro con hastio á los problemas de la sociedad, para pensar en los misterios del corazón. A estos espíritus que gustan de lo sencillo, quisiera hablarles y distraerlos con cuentos inocentes, impregnados de la melancolía que ellos sienten, revelarles el vacío angustioso de las almas sin fe ni amor, ó pintarles con tintas violadas las tristezas del pecado.*

*No lo conseguiré, porque los nimios asuntos de este pequeño libro son demasiado insignificantes; mas para ellos, y para mi querido público de cariñosos amigos de este poético rincón granadino, se publica. De sobra sé que carece de alardes de imaginación; pero también lo insignificante, si es sentido, puede tener valor estético; á veces la belleza de un paisaje no está en las altas montañas, ni en la oscuridad de los bosques, ni en el resonar de cascadas y*

vientos, sino en los puntos rojos con que salpican una árida ladera deleznable amapolas...

Miremos con benevolencia al que se entretiene en contar ingénuamente sus inquietudes y tristezas, amores y desencantos. Peor es ambicionar como un loco; encanallarse con la vida bárbara que pasa; seguir los rumbos de la ignorancia salvaje, que todo lo nivela con arreglo á patrones grises, y encuentra ridiculo lo que es sentimental é íntimo, dejando los corazones arrugados como frutos secos...

Esta literatura de la juventud no tiene importancia social; mas es la trama de la vida; es como dice Menéndez Pelayo, «la red de ensueños y de dolores, de cuyas mallas, que parece que un niño rompería, no hay corazón humano que escape, porque todos encuentran allí algún fragmento de su propia historia».

Este librito no vale nada; pero es en-

*teramente original y espontáneo; y si parece lánguido y monótono, considere el lector que ha nacido de la pereza granadina, en días de laxitud, contemplando las nieves perpetuas del Mulhacen, el círculo azul de nuestras montañas, y la soñolienta hermosura de nuestra vega...*





## Noche de luna.

Es una noche clara, transparente, profundamente silenciosa, íntimamente expresiva. Parece que el cielo se ha dormido. La brisa es fresca, tenuísima, suave como el aliento de un niño: y se siente que pasa acariciando lentamente, recitando misteriosas frases apasionadas, suspirando intensísimas nostalgias...

La luna llena, hermosa y solitaria, rutilante en medio del espacio, como pupila abierta en la oscuridad, esparce su luz clara, igual y tranquila, que tiene el desmayo de un éxtasis prolongado, de un ritmo suavísimo y sublime...

Aquella luz plateada parece que llora al entrar en el misterioso palacio árabe, ba-

ñándolo en ondas azules; suspira entre los arrayanes de los cármenes, y gime de amor, de amor profundo, devorador y triste, de virgen semita.

Sólo se oye el rumor de las hojas que se agitan estremecidas; aquel eco leve semeja el crujir de un vestido allá en las sombras del jardín... ¿Qué sentirán las hojas cuando el aire de la noche llega con sus labios húmedos á besarlas y decirles: «No durmais, por Dios, como los hombres que se hastían; vivamos nosotros siempre en la eterna vaguedad de la belleza?...»

La ciudad está callada; en completo silencio; duerme la prosa; lo que debe dormir; duerme la palabra; la voz humana torpe y ruidosa; los ecos de la vida material; duerme la Granada tosca; pero está despierta la Alhambra, murmura el Dauro, se oye el canto de los arroyos y el rumor de las fuentes, y desde la cumbre del Veleta á las rosas de los Adarves, desde el fondo oscuroísimo del bosque hasta la altivas salas de mármol de las torres árabes, cuyos minaretes abiertos dejan entrar la luz azul de la noche, circulan torrentes de poesía, co-

rrientes invisibles de amor, de tristeza andaluza, la más honda y penetrante, porque es el recuerdo, la nostalgia de lo imposible, el fuego de la pasión árabe espiritualizado por la muerte, la leyenda adherida á las moriscas ruinas, la tristeza del amor que pasa...

¡Profunda melancolía del amor! Allí en los rincones de los Adarves, en aquel jardín levantado en lo alto, tan cerca del cielo, tan pequeño y tan lleno de flores; en aquel oasis, en aquella proa de barco soñado por el amor, para cruzar á Granada, dos almas vivieron un momento en el infinito; y no descendieron, no, ¡maldito el que piense mal! á la oscuridad de la materia, sino que rieron y lloraron; y aquella noche lo amaron todo, todo lo que iluminaba la luz blanca de la luna, los rojos ladrillos de las murallas, los fríos troncos de los álamos, el asiento de piedra, el rincón, el carruaje que brillaba como una góndola de plata...

---





## En la playa.

En la costa granadina, donde es más azul el Mediterráneo, entre las rocas pizarras y negruzcas, ha abierto la dentellada del monstruo un hueco en forma de herradura, que las olas, con perdurable fatiga, han llenado de menuda arena; y entre la arena y las rocas se esconden unas cuantas casas de pobre aspecto.

El mar llega casi á las puertas, y algunas veces salta furioso sobre los techos de los mezquinos albergues. De ordinario allí reina imponente quietud, solemne y misterioso silencio; solo el rumor del oleaje en la línea ondulante de la playa, que, tostada por el fuego del sol, parece una franja de oro, con encajes de espuma...

La brisa salobre, en aquella soledad, orea

las barcas carcomidas de los pescadores, que cruzan, mudos como sombras, entre las redes negras tendidas á lo largo, y, hundidos en la arena, miran inmóviles, con la soñolienta melancolía de la muerte, aquel eterno horizonte, que alegra sólo la luz de la mañana, cuando pone en las verdes aguas reflejos de plata, y acaricia las rocas inertes...

\* \* \*

En medio del pueblecillo hay una casa mejor que las otras; en la pequeña terraza se ven las flores embriagantes del mediodía, y sus habitaciones, de blancas paredes y altos techos, tienen el encanto de la sencillez y el dulce sabor de la resignación.

Allí vivían María y su padre, viejo marino encanecido en las ondas mediterráneas; alma de niño en la ruda corteza de un molusco.

Quería á su hija con pasión. Cuando bogaba en la fragil barca, en esas tardes cenicientas en que el ruido de las olas tiene palabras de amenaza y sus crestas traiciones de odio; cuando veía á sus pies

aquel abismo, que siempre contempló sereno, y pensaba en ella, que se quedaba sola en la casa abandonada, sentía en los ojos la humedad de las lágrimas y en el pecho apreturas de angustia; algo como si le faltara el aire y se acabara la luz, una ansiedad cruel, el temor de morir, que hasta entonces no había conocido.

Era que todo lo amable y bello de la vida lo había compendiado en su hija. Lo demás, ¿valía algo?...

\* \* \*

Cansado de correr borrascas por todos los mares conocidos, se había escondido en aquel rincón, dejando el navío poderoso por la debil barquilla, y las faenas de altura por las minuciosas labores de la pesca. Y como quiso anclar de veras, apenas dió fondo se casó.

María recordaba como un sueño las facciones sonrientes de su madre, el calor de sus besos y el apretón de sus caricias. Le parecía verla, con aquel cuerpo tan grande y hermoso, tomarla á ella en brazos, é ir allí, hasta meter los pies en el agua, á espe-

rar la barca donde venía su padre; le parecía también contemplarla, hacendosa y satisfecha, entre el humo de la chimenea, secando las ropas mojadas, ó preparando aquella comida que consumían después, oyendo allá abajo la música inacabable de las olas, que reían unas veces como locas, y se quejaban otras con sombríos rumores...

Recordaba también con el negro relieve de lo trágico, el día terrible: á su madre enferma, suspirando de dolor en el oscuro rincón de la alcoba; á su padre inmóvil, mudo, inconsciente; y ella... temblorosa, asustada, con un miedo vago, tan doloroso que todavía le punzaba el corazón... Luego aquella noche de sombras, de lágrimas, larga como lo infinito y angustiosa como el remordimiento, y á la mañana siguiente, con las primeras luces que entraron por la ventana, á su madre, amarillenta, rígida, dormida para siempre; á su padre inerte, con los brazos cruzados y la cabeza hundida, y al señor Cura, con su negro hábito y la blanca cabeza descubierta, leyendo, pausado y solemne, algo grandioso, palabras de otro mundo que ella no entendía...

\*  
\* \*

María era delgada y esbelta; tenían sus ojos inmensos luz indefinible, en la que se mezclaba algo poético y tierno con lo apasionado y salvaje. Eran sus facciones acentuadas, delicados sus perfiles, expresivo el conjunto. El cabello negro y descuidado le caía á los lados de la frente pálida, y en sus labios finos asomaba con frecuencia la sonrisa de las almas tristes, que parece el reflejo de una luz lejana, una caricia de despedida.

Hermosa niña, nacida como lirio solitario en la arena de la playa, ¿qué sentía, cómo vivía aquél espíritu que fulguraba en la negrura de sus ojos?... La luz alegre y brillante del amanecer, las neblinas ténues tiñéndose de púrpura, el lánguido desperezo del mar, al despertar sonriendo; las velas de los barcos que huían rápidos como palomas blancas, tal vez le infundieron la esperanza, la dulce inquietud de un amor risueño como el comenzar del día... La melancolía de los crepúsculos, con sus tonos brumosos, cuando en el mar y el cielo se

besan entre resplandores de incendio y vapores violados, llevaría á su alma ansias vagas, temores inexplicables, un dejo amargo como aquellas aguas donde se perdía su vista... El fragor del abismo que traía la tempestad; las noches amenazadoras en que el hervor de las espumas llamaba á las puertas y el aire se rasgaba con estallidos de cárdena luz, le harían pensar en lo infinito, sentir la nostalgia del ideal, amenazador y luminoso...

\*  
\* \*

Sentada al pie de las rocas, esperaba todas las tardes el regreso de su padre.

Y un día, aunque el cielo estaba despejado y el mar tranquilo, se sintió sobreco-gida por la angustiosa inquietud de triste presentimiento. Estas almas que viven en la soledad, perciben más claramente y tienen misteriosas adivinaciones; la palabra apenas les sirve de vehículo y suelen volar con más libertad por espacios ignotos. El aire estaba templado y suave, el horizonte risueño, el mar acariciador, y María, sin embargo, sintió que una negrura espesa iba en-

volviendo su ser, que un soplo helado llegaba hasta su corazón, que la desgracia se cernía ya sobre ella como cuervo hambriento.

Divisó á lo lejos, como siempre, un punto que no confundía con otro; fué agrandándose la silueta, de la barca querida, cuya vela, esponjada por el viento favorable, la empujaba velozmente á la playa...

Aquella tarde no vió María la figura de su padre, de pie sobre la proa, destacándose, con relieve oscuro y vigoroso, en la claridad celeste del espacio, ni oyó la voz con que la saludaba antes de saltar á tierra. Cuando la barca encalló, crujiendo entre la arena, dos marineros sacaron en brazos á su patrón, que venía muy enfermo.

El pobre viejo se moría; el aire entraba gimiendo en sus pulmones y su corazón saltaba como máquina descompuesta.

Abrazó á su hija con más efusión que nunca.

—Esto,—le dijo,—es amainar de prisa para dar fondo en el otro mundo... Te quedas sola, pero tienes para vivir, pues te dejo la casa más bonita del pueblo y la barca más grande y graciosa, otra «María»

que se queda huérfana en el mar... Debías casarte con Joseillo, que es muy trabajador, ó con quien tú quieras, porque á tí todos te quieren... Ya sé que eres muy melindrosa y muy señorita y que no te gustan estos jayanes, pero, hija mía, el terreno no da otra cosa, y tú solica te vas á morir de pena...

El viejo marinero se murió cristianamente, como quien hace alto en un camino que ha seguido sin curiosidad ni impaciencia.

\* \* \*

Risueños unos, grises y tristes otros, van resbalando los días, con la abrumadora indiferencia del tiempo, en aquel pueblecillo de la costa.

Como el cora! en el fondo de las aguas, la hermosura de María duerme allí olvidada. No ha seguido el consejo de su padre; ninguno de aquellos rudos pescadores ha levantado la más leve brisa de amor en su alma virgen y soñadora; los quiere á todos, como quiere á la barca gallarda que lleva su nombre, y á las rocas parduzcas que vió desde niña... Cuando la ven cruzar errante aquellas playas, la miran

con respeto como si pasara un ser de otro mundo.

La soledad engendra la melancolía, y la melancolía es amor sin definir, aspiración que lucha en vano, quizás una ilusión que va demasiado lejos...

María siente en su alma la nostalgia del amor, como la ola solitaria la nostalgia de la playa. Pero el amor no está allí... en la inmensa monotonía del mar, en el hastío infinito de aquel horizonte siempre azul...

---





## Carmen.

Cuando el sol sale por detrás de Sierra Nevada, lo primero que hace es ir á curiosear entre los bojes y macetas de los huertecillos del Albaicín, y entrar sin miramiento por todas partes, buscando á las mozuelas madrugadoras para darles los buenos días.

Y parece que tiene predilección por una casa primorosa, cuyo jardín tiene glorieta y cenador cubierto de parrales. Muebles antiguos y cuadros de santos adornan las alegres habitaciones; y en su ambiente se respira el aroma impalpable, las ráfagas de emoción penetrante, de perfume indefinible, que son la estela de una mujer hermosa.

En los días calurosos, aquella casa es un oasis de frescura, cuyo silencio interrumpe sólo el canto de los pájaros y el rumor del agua, como aliento de un pecho joven que duerme dulcemente la siesta; en invierno, las flores asoman riéndose, entre el verde perenne de arrayanes y naranjos, mientras en frente, el sol juega y deslumbra en las espaldas inmensas del gigante de nieve...

¡Paisaje granadino del Albaicín!... La luz de la tarde tiene expresión de trágica tristeza cuando se despide de tus palacios derruidos; de tus estrechas calles, que bajan desde la cumbre al umbrío Darro; de las solitarias torrecillas de tus conventos mudajares, que levantan al cielo, como frentes puras, sus blancas siluetas...

Los rotos arcos y las esbeltas columnas, que reflejan su melancólico semblante en la verdosa alberca; los sombríos telares; los viejos cipreses; las mujeres que allí ocultan el brillo de sus ojos y la fiebre de sus sueños; aquellos restos, que se van desmoronando, sin que nadie los toque, como huesos de un esqueleto, sugestionan y trasportan la imaginación al mundo de la leyenda...

Pero no es de leyenda de lo que se trata ahora; sino de historia sencilla, insignificante; mejor dicho, episodio de la inacabable historia del amor.

\*  
\* \*

Morena, más alta que baja, bien puesta de carnes, pero ligera y desenvuelta; así es Carmen.

La línea de la belleza moldea su cuerpo con ondulaciones deliciosas en el busto y con la espiral de la gracia en la cintura. Su paso es resuelto y su mirada serena y diáfana. Al sonreír todo lo alegre; y si están tristes sus ojos parece que el aire se oscurece á su alrededor.

En el barrio era la niña mimada. A Carmen se la disputaban los vecinos para oírla charlar, con aquel lenguaje animado, voluble y luminoso, que salía de sus labios á borbotones, como surtidor de agua cristalina.

Su genio bullicioso le había dado fama de burlona; pero bien sabían todos que era formal cuando llegaba el caso.

Ella y su hermana menor, vivían solas

con su madre, que era una señora muy buena, muy hacendosa, y muy seria desde que se quedó viuda, ya hacía muchos años.

En aquella casa reinaba la paz; cielo alegre, sol y hermosura, costumbres honestas, pobreza resignada... Si es sueño la vida, aquél era indudablemente un sueño envidiable.

Para que se turbara, fué preciso que Carmen tuviera novio. Antonio era un muchacho guapo y de mérito, pero con ese carácter melancólico y reservado, propio de granadinos. A veces le entraban arranques de alegría y era el más animoso, el que armaba la fiesta, reuniendo amigos y mozelas; y cuando todos estaban contentos, él se dejaba caer en un rincón, con la mirada triste é inmóvil, como árabe que sueña en medio del arenoso desierto.

Una noche, sin saber cómo, Carmen y Antonio se encontraron solos en un balcón, desde donde se abarcaba aquella hondonada profunda por donde va el río; y allí, sintiendo á sus espaldas el palpar de la vida, las cadencias del baile y las notas de fuego de la guitarra, inclinados ante aquél hori-

zonte inmenso y oscuro, en cuyo fondo parpadeaban las luces lejanas de la ciudad, y en lo alto las estrellas sobre la solitaria Alhambra, nació su cariño, entre miradas de pasión y palabras temblorosas...

\*  
\* \*

Cuando la madre de Carmen los veía sentados, junto á las macetas de albahaca, pelando la pava, se le humedecían los ojos, y le decía á la vecina:

—Mire V. que pareja hacen; da gloria verlos.

Carmen y Antonio se peleaban de vez en cuando; y entonces aquella pobre mujer pasaba las de Caín. No podía intervenir en son de paz, porque, alguna vez que lo intentó, como Carmen era viva de genio, sobre ella cayó todo el peso del coraje; tenía pues, que contentarse con pedirle á todos los santos que dulcificaran el carácter de su hija, que no le diera celos á Antonio, que este fuera prudente, y que se quisieran en paz y gracia de Dios. Porque es lo que ella decía:

—Si se quieren tanto, no sé por qué se

ponen así; quererse es llevarse bien y estar contentos; pero esos arrebatos ¿para qué son? El día que se disgustan, Carmen no come, no vive, se le hundén los ojos, no se le puede hablar... y él lo mismo, anda rondando la calle, como un perro hambriento, desencajado y amenazador... Y si fuera por algo, pero porque sí, por si dijiste, si no te acordaste, si no has mirado, si te has reído...

Lo cierto era que ellos se querían de verdad, y que el amor que los devoraba tenía la culpa de aquellos pasajeros trastornos.

Iban á casarse pronto; y si ya no lo habían hecho era porque Antonio esperaba que lo ascendieran, de un día á otro, á oficial de primera en su taller, y Carmen acabara el ajuar; aquél montoncito de trapos, agenciados con tan maravillosas economías, y cuyas puntadas, más que la aguja, bordaban las ilusiones.

\*  
\* \*

Luisa, la zagaloncilla que hacía poco jugaba en la placeta, se hizo mujer de pronto.

Creció con la arrogancia de una planta tropical; y un día que Carmen la contemplaba embobada, dió un salto de alegría, le echó los brazos al cuello, y le dijo, dándole un beso muy apretado: ¡Chiquilla tu eres mucho más bonita que yo!... Era, en verdad, un primor; blanca como la nacar, más alta que su hermana, más señorita y de modales más dulces.

Cuando se sentaba á coser bajo el emparrado, y la brisa de la Alhambra la rodeaba de perfumes y el intenso azul del cielo en nimbos de luz, era una figura tierna y delicada como Margarita; mas la luz de la luna ó el resplandor rojo del crepúsculo daban á su hermosa cabeza y á su mirada, vaga y adormecida, una expresión sombría.

Luisa conoció á Antonio desde muy niña y se quisieron como hermanos. Al hacerse mujer, esta intimidad fraternal no se alteró; Antonio la trataba como si siguiera siendo una chiquilla, dándole bromas y riéndose de su seriedad. En cambio en ella esta simpatía fué cambiando de aspecto.

La curiosidad le hizo sorprender algu-

nas frases de las que los novios se decían bajito, devorándose con los ojos. Cuando se disgustaban, Luisa estaba siempre de parte de Antonio. Algunas veces pensaba que su hermana no sabía querer, y que Antonio no merecía aquellos sofiones. Le daba rabia de ver á Carmen tan desdeñosa, y sentía impulsos de ir á quitarle á él el disgusto. Cuando Antonio tardaba, llegó á sentir ella más impaciencia que Carmen... En fin, que Luisa acabó por enamorarse del novio de su hermana...

Y se enamoró de veras y cada día más. Pensando en él se le pasaban las horas, y al ayudar á Carmen en la tarea del ajuar, sentía oprimírsele el pecho, sin saber si era de envidia ó de pena. Y tuvo celos, ¡celos de su hermana!...

\* \* \*

—Oye, Luisa,—dijo Carmen una tarde que las dos estaban pensativas contemplando la puesta del sol;—cuando me case, si Dios me dá hijos, tu los querrás mucho, ¿no es verdad?... Y al decir esto el rubor teñía

su rostro del mismo color purpúreo que incendiaba el horizonte.

Estaban sentadas en los escalones de piedra de la puerta del jardín, bajo la glorieta, que, iluminada entonces por los últimos rayos del sol, adquiriría tonos violados; algunas hojas amarillas temblaban en el aire como topacios; la luz que se filtraba por los huecos, arrancaba de los cabellos y de las caras suaves de las dos hermanas, brillantes reflejos, y bordaba sus vestidos de color de rosa con puntos luminosos.

Parecían dos musas clásicas sentadas en un pórtico griego. Enfrente, por encima de la hilera de macetas que limitaban la vista, asomaban su cabeza roja y encrespada las torres de la Alhambra, las almenas carcomidas, los mantos de yedra negruzca, que querían escalar el celeste blanquecino del cielo...

Luisa no contestaba. Y al mirarla su hermana, la encontró encendida, turbada, retorciendo el delantal entre sus manos, como si quisiera hacerlo pedazos.

— ¡Pero chiquilla, qué te pasa! ¿Qué he dicho para que te pongas así?... ¡Qué cosa

tan rara! ¡No comprendo esto!... Y Carmen se quedó cortada, pensativa, sin saber qué decir.

Al fin Luisa irguió su redondo y delgado cuello de cisne; su mirada penetrante se adhería á las lejanías del paisaje, con fijeza de hipnótica.

—¡Quieres burlarte de mí porque no tengo novio... porque nadie me quiere!—exclamó sin mirar á su hermana, temblándole la voz, con trémolo de rabia y emoción profunda.—¿Crees que voy á contentarme con ser tu niñera?... ¡No, no y no!

Y se levantó de pronto, sollozando y diciendo: ¡No os he de mirar á la cara!...

\* \* \*

En poco tiempo en el carácter de las hermanas se verificó un cambio extraordinario.

Desapareció la alegría de Carmen; con todos era muy juiciosa, y parecía que esquivaba la conversación, como si temiera hablar. Buscaba pretextos sin cuento para estar ocupada y que la dejaran sola. Luisa apenas hablaba tampoco, empezó á adelga-

zar, y sus hermosos ojos se cubrieron de una opacidad siniestra.

La pobre madre, que no comprendía bien aquellos cambios, los atribuía á quisquillas domésticas ó á enfermedad, y esto la soliviantaba, haciéndole derramar lágrimas. Antonio, que tampoco podía explicarse lo que pasaba, notó sin embargo algo extraño y misterioso en aquella casa, donde un ser invisible había puesto un abismo entre las almas.

Luisa se puso mala. Cada día estaba más esquiva. A la hora que Antonio acostumbraba llegar, no parecía por ninguna parte; éste preguntaba por ella, iba á buscarla, y la encontraba en algún rincón, muy pálida, mirándole con ojos desencajados. Así es que en vez de bromear como antes, la miraba con compasión, la dejaba sola, y volvía á decirle á Carmen:

—¡Pobre Luisilla!... ¿Qué será lo que le pasa?...

\*  
\* \*  
\*

Como las dos hermanas dormían muy cerca, Carmen notó bien pronto que Luisa

pasaba noches enteras sin pegar un ojo; la sentía moverse, respirar con fuerza, y hasta le pareció oír el rumor contenido del sollozo y el goteo de las lágrimas... Carmen le daba un beso y las buenas noches al acostarse, y luego, con habilidad consumada, fingía que se quedaba dormida. Entonces se dedicaba á mirar en la oscuridad, y le parecía ver que su hermana se incorporaba y, con la cabeza entre las manos, pasaba mucho tiempo, hasta que á ella la vencía de veras el sueño...

Una noche creyó notar en Luisa mayor agitación; las horas pasaban y las dos hermanas permanecían despiertas, con los ojos muy abiertos en medio de la oscuridad; era ya muy tarde; la voz medrosa del sereno había cantado las tres; al último toque de la Vela, había respondido en la Catedral el repique solemne del alba, seguido de esas campanadas sonoras y tremendas, como el despertar del remordimiento, y el lloro de niño del esquiloncillo... Carmen vió á Luisa arrojarse al suelo de improviso, permanecer de pie un instante, y girar sobre sí misma, como si no supiera qué dirección

tomar... Luego la vió avanzar hacia ella, con los ojos muy abiertos, las manos apretadas; desencajada, terrible... Carmen no acertaba á moverse; empezó á temblar, y cerró los ojos... Durante un momento no se atrevió á abrirlos, y, sobrecogida de temor, tuvo, sin embargo, ánimo para fingir que dormía, y pudo sentir el aliento angustioso y entrecortado de Luisa, y un eco muy ténue, parecido más bien al eco de un pensamiento que de una voz, que exclamaba muy bajo:

—Tú, tú eres la que me matas!...

Y luego el andar precipitado de unos pies descalzos, y el ruido de la puerta...

\* \* \*

Todo estaba en silencio, todo dormía en la tranquila casa. En la mesa de la sala, un Divino Pastor apacentaba dulcemente sus ovejitas blancas... La mariposa, encendida delante de él, iluminaba la sonrisa inalterable del Pastor divino, que, con su preciosa cabeza de niño, difundía en la habitación un suave ambiente de ternura... Las sillas oscuras parecían hileras de mujeres, que

dormitaban con la cabeza inclinada; de vez en cuando la lamparilla chisporroteaba, los muebles se estremecían, como si fueran á despertar, y de las molduras doradas salían reflejos misteriosos y rápidos... ¿Dormían también la Virgen y los ángeles de aquél cuadro grande, oscuro, que ocupaba el testero principal?.. El manto de la imagen flotaba como una nube en la penumbra; sus manos delgadas se juntaban suavemente, en el ademán de la oración, y su cara miraba al cielo con la dulzura de virginal pureza...

Por la ventana entreabierta empezaba á entrar la claridad ténue del amanecer, esa luz indecisa, blanquecina, que da frío...

Carmen se lanzó detrás de su hermana. Esta había bajado deprisa la escalerilla de la casa y abierto con resolución la puerta del jardín; á través de la glorieta de bonibus, pudo ver Carmen la trágica figura de aquella, que se deslizaba por el jardín y se acercaba al estanque...

Echó á correr y la cogió de un brazo. Luisa, al verse sorprendida, dió un grito... A la incierta luz de la mañana, bajo aquel

cielo gris, como el alma sin esperanza, forcejaron las dos hermanas, cruzaron palabras incoherentes y desgarradoras, y acabaron por abrazarse sollozando y volver á la casa, tiritando de frío.

\*  
\* \*

Tengo que decirte una cosa muy seria...  
—decía Carmen á su novio á los pocos días de esta escena.

—Tú dirás,—contestó éste, inquieto y receloso ante aquella actitud de Carmen, cuyos labios pálidos le temblaban al hablar.

—Ya no me atrevo á engañarte más...

—¡Engañarme!... ¿De modo que tú me engañas?...

—Sí; te engaño como á un chiquillo, y... tú no mereces eso... Yo pensaba que te quería... ¡y me he convencido que no te quiero!...

Antonio dió un salto; pensó que era una broma lo que oía; pero al ver la cara de Carmen, se asustó...

Esta proseguía hablando con tranquilidad, como quien dice la verdad, y está resuelta á decirlo todo.

—Sí; no te impacientes, ni desesperes... Verás... No es que no te quiera del todo... te aprecio como amigo, te quiero así... como á hermano...—y aquí su voz temblaba más, —pero no te quiero como se debe querer para casarse... Ya hace tiempo que lo estoy pensando, sin atreverme á decírtelo... Tú habrás notado que estaba preocupada; que aquí todos estábamos tristes... y era... eso... ¡que no te quería!... Perdóname Antonio; tú eres bueno... tú comprenderás que yo soy franca y leal... Peor, mil veces peor, sería que te ocultara mi falta de cariño y me casara contigo... ¡Seríamos los dos muy desgraciados!...

Antonio, con la cabeza entre las manos, miraba fijamente á Carmen, como si no comprendiera lo que decía, al mismo tiempo que con el pie taconeaba con furia en el suelo...

Carmen prosiguió:

—No creas que al no quererte á tí es que quiera á otro. Yo no quiero á nadie... ¡á nadie, más que á Dios y á mi madre... y á Luisa!...

Luego cambiando de inflexión, añadió rápidamente:

—Con ella es con la que debías casarte y no ser tonto... ¡Ella sí que te quiere!... ¿Qué, te extraña?... ¡No tiene nada de particular; te ha visto desde pequeña!... Con ella sí que serías feliz... Mi genio es muy diferente del tuyo; soy arisca y desabrida; pero Luisa parece que ha nacido para tí...

Y hubo una pausa, pausa terrible, de la cual tal vez no hubieran sabido salir nunca, si la madre de Carmen, apercebida y aleccionada por ésta para ayudarle en tan difícil y extraña empresa, no hubiera entrado en aquel momento, provista de argumentos, y del increíble valor que la abnegación y el amor dan á la mujer.

\* \* \*

—Mira niña,—le decía á Carmen cierta tarde una amiga muy pizpireta y bonita;— parece que desde que se ha casado tu hermana te ha dado por cantar.

—Qué quieres, hija mía, como estoy sola en algo he de entretenerme...

—La verdad es que tienes unas cosas tan raras... Lo que tú haces no tiene igual. ¡Cuidado, despues de tanto tiempo de relaciones, salir con lo que saliste!...

—Ahí verás; todos no somos lo mismo.

—Sí, pero como tú nadie; no le tomas cariño ni á la camisa que tienes puesta...

Carmen le dió una palmadita á su amiga, y le dijo sonriendo:

—Déjate de tonterías, y vamos á seguir cantando...

No creas que estoy alegre  
por más que me oigas cantar,  
que es la tortolilla el ave  
que sufre y que canta más.

---



## Almas solitarias.

Cerca de un pueblo pobre y feo, en el árido campo, ví cierta tarde á un hombre, recostado en la cuneta, al lado del camino. Estaba inmóvil, descubierta la cabeza, con los ojos, sin brillo ni expresión, fijos, allá en la línea del horizonte, entre la tierra seca, donde los tallos negruzcos de las plantas descarnadas destacaban sus delgadas siluetas, y las nubes blancas, que corrían empujadas por el aire frío.

Pasé á su lado, mirándolo fijamente, y no hizo el más pequeño movimiento. Su cara amarillenta, su frente rugosa, sobre la que caían temblorosos mechones de cabello cano, no expresaban dolor ni tristeza; ni hambre ni enfermedad; era una cara sin sentido, como la mascarilla de un muerto;

y la mirada de aquellos ojos, tan abiertos, producía la sensación del vacío... Cuando volví á pasar por allí, al cabo de largo rato, el hombre aquel estaba en el mismo sitio. No miraba ya á la línea del horizonte, sino un poco más abajo, á la tierra escueta y polvorienta, y allí permanecía sin movimiento, caído, insensible al aire helado, que penetraba su ropa miserable y sus carnes marchitas...

Al sentir en el alma el vacío del amor perdido; al contemplar, en la planicie árida de la vida, que el aire frío y penetrante de la muerte seca las hojas, dejando sólo la rígida silueta del recuerdo; al verse también caído, indolente, helándose al borde del camino... ¡qué expresión de símbolo tiene el hombre de la carretera, que aquella tarde, fría y despacible, parecía la imagen misma de la indiferencia, cuerpo sin alma, forma sin espíritu, vida sin ideal!...

\*  
\* \*

Y todavía, entre el bullir de la gente, es más dolorosa la soledad. Se siente, al cruzar en la calle con los que llamamos ami-

gos, la bofetada del egoismo que hiele las entrañas; se oyen confundidos, como en anhelosa pesadilla, el eco histérico de la carcajada del necio, el quejido lastimero de la mendicidad, el sobresalto de la bárbara blasfemia; sofoca el rumor del afanoso vivir, siempre detrás de algo que desasosiega, del negocio pasajero, que nada deja para la paz del espíritu; y la cabeza, la hermosa cabeza apolina del ser humano, no se levanta al cielo, no mira arriba, baja, baja á la tierra escueta y polvorienta... ¡Pobres almas solitarias en medio del egoismo! ¡Pobres corazones atormentados por la tristeza indecible de la ausencia, viviendo entre el ruido monótono de los indiferentes!... Quien ha sentido esta soledad del espíritu, comprenderá la amargura de los dolores ignorados, sin lágrimas, que se esconden, á veces, detrás de la sonrisa con que nos presentamos en la pista, como el clown, á hacer todos los días el trabajoso ejercicio.

Y en esas horas, en que todo gira como figuras de un sueño borroso y estúpido; en que se nos presenta el porvenir como un camino penoso, donde hemos de caer muertos

de cansancio, y el pasado como viacrucis doloroso, en que dejamos pedazos del alma, juventud, amor... ¡qué trágica aparece la figura del viejo indolente, que se helaba una tarde, en el campo solitario!...

\*  
\* \*

Penetrante amargura, la del amor que pasa para no volver... Resignación, viajes, sensaciones rápidas, que distraigan, y pensamientos cristianos, que tonifiquen... Sí, sí; pero en todas partes, en las hojas del libro, en la mesa del Hotel, en el rodar del tren, oireis la voz ansiosa del corazón, que os pregunta: ¿Y ella, y ella?... Y la que encarnó los más delicados sueños vuestros, quien mejor os comprendió, quien os juzgó sin pasión y os amó sin ningún egoismo, el único amigo capaz de sacrificio... no contesta.

Entonces lo encontrareis todo sombrío. Vereis que en el mundo nada ha cambiado y sin embargo es distinto; habrá mañanas, en que espléndido luzca el sol, y encendidos crepúsculos de bellos colores; pero en las mañanas no os saludará, antes que el sol

y más alegre que el sol, la cariñosa sonrisa, ni el anochecer será la hora de las dulces confidencias; notareis una sensación extraña, como cuando se sueña, y os parecerá el presente sombras y realidad el pasado, y creereis que habeis muerto y resucitado á otra vida más odiosa y esquivá, é inquieto el pensamiento y agitado el corazón, saltareis de acá para allá, como pájaros solitarios...

¡Ah! y si algún indiscreto os recita los versos de Musset:

«Hay que sufrir después que se ha sufrido,  
hay que amar otra vez cuando se ha amado...»

decidle que no nace dos veces una misma flor, ni la rama delicada y tierna que tronchó el destino, vuelve á dar sombra al aterrido tronco...

---





## Lo que dijo la brisa.

*Paseo estrecho, con acacias y álamos á los lados, en un jardín público. Al final, se vé una ámplia glorieta circular, con asientos alrededor; todos estan desocupados; en el centro hay una fuente con doble taxa; en la parte superior de ésta, los cuerpecillos de unos niños abrazados, sostienen varios surtidores, por los que salta abundante agua cristalina, que cae á la primera taxa, y de esta se derrama á la de abajo... Alrededor de la fuente, un tupido jardinillo, con muchas flores, plátanos, magnolios y pinos enanos. Hacia el centro del paseo estrecho, casi cubierto por los árboles, en un asiento de madera de espaldar redondo, se halla recostado, en*

*actitud de cansancio y fatiga, un joven bien vestido; tiene la cabeza inclinada, hundida en el pecho, y mira fijamente la franja de césped, que corre á lo largo del paseo, sembrada de rosales pequeños, con rosas muy rojas, de verbenas, y otras flores. Son las cinco de la mañana. Habla la brisa fresca del amanecer:*

—Mira como te ves, marchito, cansado, próximo á caer desfallecido, y, morir bostezando de angustia, cuando todo á tu alrededor es alegría de amanecer y de vida; tienes la cara amarilla, los ojos hundidos, pareces un muerto de pié; mis caricias, frescas y puras, no pueden refrescar tu piel ardorosa, que han secado las evaporaciones del alcohol, el calor de las luces artificiales, el esfuerzo del insomnio... ¡Oh, qué despreciable me pareces, ahí sentado en ese banco, como un reo, como un mendigo, con esa tristeza sorda y sin consuelo del vicioso!... Has venido á este jardín á hacer alarde de audacia, á querer gozar la hermosura del amanecer, sin comprender, hombre miserable y flaco, que estos placeres solo los guarda Dios para las almas puras y los

cuerpos sanos; aquí venías á gozar, y te sientes entristecido, porque la naturaleza se revela contra tí; el oxígeno, el aire frío y libre de la mañana, que es salud y vida, en tí produce excitaciones morbosas; remueve tus humores, y en vez de reanimarte, te arroja rendido, te duerme, entre inquietudes y sobresaltos; la luz, aquella luz rosada tan suave é intensa del amanecer, ofende tus pupilas y te deslumbra, como á un pobre mochuelo; no puedes mirar al cielo sin encoger los ojos con un gesto repulsivo; no puedes ver toda la belleza de color de esas rosas, húmedas todavía por el rocío, ese color que en unas es tan vivo, tan vivo como un grito inmenso de la creación, y en otras tan delicado como las dulzuras de una armonía misteriosa y suavísima; no puedes contemplar el brillante verdor de las hojas de las plantas y los árboles, de tonos tan variados y formas tan caprichosas, que parecen un grupo innumerable de angelillos verdes, que cantan al Señor; ni el perfume de esas flores y esas hojas los recibe bien tu olfato, insensibilizado por los malos olores del comedor y la alcoba, por los humos

de la comida y de los cigarros, por los perfumes violentos de la industria!... ¡Ah, necio, majadero, que tus mejores goces son grandes mentiras! La mujer que has tenido al lado, que creías dechado de forma y belleza, está podrida y pintada, sobada y maltrecha, suave como una babosa; en cambio allí, á lo lejos, detrás de aquella ventana, duerme una doncella hermosísima y honrada; pronto se levantará, con colores de rosa en el cuerpo y alegrías puras en el alma; pronto verás abrirse la ventana, y verás como le sonrío al sol que nace, como besa las flores, como canta... Esa sí que tiene formas hermosas, esa sí que guarda cariños intensos y éxtasis honestos, que tu no puedes gozar, célibe indigno; ella es virgen, y huiría de tí aterrada, se asustaría de verte con tus ojos encandilados, de brillo siniestro, con fiebre de sátiro; ya vez, pobre hombre, que ni el amor ni la sensualidad sabes gozarla; eres tan torpe, que la buscas en el fango, y te engolfas con cualquier piltralfa ó hueso asqueroso que arrojan á la calle; las mujeres hermosas y vírgenes son para los hombres sanos y honrados... Anda, an-

da y acuéstate, ahora que amanece y despierta el sol y se despereza el mar y la vida renace y los obreros van al trabajo; anda y acuéstate, métete en la habitación oscura, en tu cuarto solitario, y quédate allí, con la boca abierta por el estertor de la fatiga, como un muerto dentro del nicho, mientras los demás trabajan... Ves aquel obrero que pasa á lo lejos, entre los árboles de la carretera, con su blusa blanca y la bolsa de la merienda en la mano, es mucho más feliz que tú. Anoche se acostó, rendido, al lado de su mujer y de sus hijos, y cuando él los ve sanos y robustos, y sabe que él les dió la vida y los mantiene con su trabajo, siente un placer que tú no puedes imaginar; ha dormido de un tirón toda la noche, sin pesadillas ni ensueños, y, repuesto del gasto muscular de ayer, va otra vez al trabajo, sin inquietudes ni hastíos. Con lo que te costó una sola de las botellas que anoche derrochaste, tendría ese hombre de sobra para darles un festín á su mujer y á los chiquillos; con lo que has gastado en un cigarro comería alegremente toda esa familia... ¡Anda, anda y acuéstate!...





## El secreto

Por las altas ventanas del estudio penetraba la luz suave de la tarde, luz blanquecina que apagaba los toques vigorosos de los cuadros, los muebles y las telas, envolviéndolo todo en la ténue claridad que precede á la sombra. Sobre el caballete más grande, se hallaba el cuadro últimamente empezado: un paisaje saturado de humedad y ternura, con copudos pinos negruscos y lejanías moradas.

Luis tiró los pinceles, todavía mojados, dejó la sucia paleta sobre la silla de trabajo, se sentó en un divancito, enfrente de mí, reclinando la cabeza sobre la pared, como quien descansa de la tarea del día. Encendimos un cigarro. Las hebras azules de humo semejaban suspiros que salían de nuestras bocas...

Era la hora de las confidencias. Hora en que, á solas con un amigo que inspira confianza, el alma siente deseos de expansión, de revelar dolores ocultos, de descorrer el velo de misterio de las impresiones íntimas, con el respeto y temor con que descubrimos el rincón que guarda las reliquias de nuestros amores.

Hablamos aquella tarde, primero de cosas indiferentes; de la mezquindad del mercado de Madrid, del calvario de los artistas, de la miserable envidia de algunos, de la insensata soberbia de otros... Mas la conversación fué rodando, rodando no sé cómo, hasta llegar al corazón.

Yo presentí aquel momento, y lo esperaba casi temblando de curiosidad. No en vano la había deseado mucho tiempo.

Así es que, cuando oí que del pecho de Luis se escapó un suspiro hondo y angustioso, y ví que brillaban sus ojos como estrellas; cuando se incorporó y empezó á hablarme, grave y pausado, comprendí que iba al fin á conocer á un hombre nuevo.

Luis era para todos sus amigos un enigma. Decía que nació en Montevideo y había vivido en Buenos Aires.

Era alto y bien proporcionado, con barba rubia y sedosa, el cabello más oscuro, las facciones muy enjutas y los ojos grandes, con una mirada escrutadora y melancólica, que rebelaba franqueza y honradez.

Toda su figura denunciaba un alma, una personalidad que no era vulgar.

Tenía pasión por Madrid; pero pasaba temporadas largas en París, en Italia y Andalucía. Hacía la vida incoherente del artista, aunque trabajaba de verdad.

No se entregaba nunca á la negra orgía, en que caían algunos de sus compañeros. Sus alegrías se desvanecían en una delicada atmósfera de tristeza; algo así como un dejo amargo, y un punzante escozor, se revelaba en él cada vez que la copa del placer tocaba sus labios.

Amores no se le conocían; su respeto á las mujeres habria pasado muy bien por un desdén profundo, por un ardiente rencor escondido...

Y no le faltaba motivo. Porque lo que

Luis me contó aquella tarde en su estudio, fué lo siguiente.



—¡Mi juventud!... ¡Apenas la he tenido!... Cuando recuerdo las perspectivas, ya lejanas, de mi casa y de mi patria, todo me parece un sueño.

Un placer doloroso se apodera de mí al evocar aquel clarísimo cielo americano, que me vió nacer, las campiñas semi-virgenes, cuyos perfumes orearon mi infancia, y aquella ciudad, alegre y caprichosa, en que pasé mis mejores años.

Allí hay sin duda más ambiente, más aire, más vida que aquí.

Al principio me ahogaba aun en los anchos boulevares de París, y las calles de Madrid me parecían oscuras y sombrías..... Créeme, ni en la soberana Italia, ni en tu radiante Granada, he encontrado la caricia agreste y refrescante de la naturaleza, tal como la percibí en mi patria americana..

Mis padres eran ricos. Descendientes de familias de origen español, que fueron comerciantes en las riberas del Plata, y habían

ido adquiriendo propiedades agrícolas y pecuarias.

Vivíamos en Paysandú, capital de distrito, en una casa preciosa, con amplias galerías, con hermosas habitaciones, cuyas notas risueñas no he encontrado en las viviendas de Europa, sin que le faltaran los detalles de lujo que posean éstas.

De mis cinco hermanos no quedamos ya más que tres, que yo sepa. Mi pobre hermano mayor murió en la plenitud de su juventud y de su talento, cuando yo terminaba mis estudios en la Escuela de Medicina de Montevideo...

Te acabo de revelar ya un secreto... que soy médico, ¡médico y hoy vivo manchando lienzos y me llaman artista!...

Pero prescindo de detalles; no voy á hacerme mi biografía; solo quiero desahogar el pecho, decirte porqué he cambiado de patria y de profesión, porqué vivo desterrado, lejos de personas y lugares queridos.

Cuando me encontré con el diploma de médico, me establecí en Montevideo. La medicina era para mí una afición; pero una afición por la cual sentía entusiasmo.

Me relacioné con lo principal de la capital, y mi vida se deslizaba tranquila y amena; rico, joven, agasajado, ¡verdaderamente era feliz!

Nunca tuve mucha clientela; pero entre ésta y las relaciones particulares, visitaba á lo principal de la ciudad.

Una de las familias que desde el principio traté con más intimidad, fué la del General Ramirez, Senador de la República, que tenía tres hijas, dos de las cuales eran el orgullo merecido de su padre y la admiración de los pollos montevideanos...

Veo que te sonríes pensando sin duda que me acerco al asunto, y así es en efecto. ¡Maldita historia!

Rosario, la mayor de las hijas del General Ramirez, me causó desde el primer día una impresión profunda, de esas que estremecen y nos detienen en el camino de la vida, para oír mejor las palpitaciones del corazón, que nos dice: «Es ella. ¡La tuya!»

Era muy hermosa, casi una niña; diecinueve años... Su cuerpo tenía majestad y gracia; sus ojos brillaban siempre con una mirada alegre y picarezca, aunque ingénua

y sencilla; la sonrisa era habitual en sus diminutos labios rojos... Sus movimientos eran vivos é incoherentes; de improviso, en medio de sus risas locas, se quedaba parada, y miraba fijamente, sin saber adonde; con una seriedad encantadora... La dominaba algo así como la inquietud del pájaro, cantaba, reía, gorjeaba .. Tenía en fin el arma formidable de la mujer, ese poder indefinible que llaman seducción. Atraía y deslumbraba. ¡Jamás, jamás se hartaban los ojos demirlarla!...

\*  
\* \*

— Para que me comprendas mejor, — continuó con voz más opaca, — te diré lo que pensaba del amor en aquella época.

Yo era romántico, como casi todos los americanos, pero quizás más que otros. Desde muy joven pensé en el amor como en algo sublime, trascendental, infinito. Esa ansiedad que se experimenta cuando se va á emprender un largo viaje á un punto desconocido, la sentí desde que me dí cuenta de lo que sería el amor, por mí concebido como un mundo especial, de deslumbrar-

doras impresiones é inagotables deleites.

Con tales sentimientos, no te extrañará que fuera retrasando el momento de enamorarme; un temor instintivo me hizo reacio para querer de verdad.

Mis amigos se extrañaban de mi frialdad, que atribuían á excesiva timidez. Realmente, conociendo y tratando á no pocas jóvenes hermosísimas, que me brindaban su cariño, no me decidí por ninguna. Con la misma Rosario me defendí obstinadamente hasta última hora...

Te digo sinceramente que luché lo que no es decible, por sobreponerme al sentimiento que me inspiró; pero ella pudo más; venció; ¡y cómo venció!...

Nuestras relaciones duraron un año. ¡Un año de deseos y de mortificaciones inauditas! Me empeñé en hacer de Rosario una mujer seria y prudente, en educarla á mi gusto, en infundirle mis ideas y mi modo de pensar, y Rosario se me revelaba, se reía de mis más elocuentes sermones, y, con un mohín ó un gesto, deshacía todos mis castillos de argumentos.

El cariño que ella me confesaba no me

satisfacía; quería más, mucho más; sentía celos terribles, sin saber de qué, de sus risas, de sus palabras, de todo su ser, que hubiera querido absorber en mí.

Al fin llegó un día en que me convencí de que me quería.

Esto coincidió con un cambio en su manera de ser. Se puso muy formal, la dominó una melancolía invencible, y sus palabras de amor tenían el acento y el calor de la verdad.

\*  
\* \*

—Nos casamos.

Jamás olvidaré aquel momento en que, después de la ceremonia religiosa, nos encontramos al fin solos, pálidos, temblando, frente á frente... Aquellos días de verdadera y profunda embriaguez, me parecen hoy un instante único en mi existencia...

Vivíamos en un Chalet, en las afueras de la población; yo respeté todos los gustos y caprichos de mi mujer.

Tuve en ella una confianza ciega. Mis inquietudes, aquel sentimiento indeterminado,

nado de celos, todo desapareció como el humo.

Mi mujer era para mí como únicamente se podía y se debía ser; y viví tan embebido en mi felicidad ¡maldita felicidad de los sentidos! que no percibí el hálito del demonio á mi lado, hasta que pronto, muy pronto, á poco de casados, de improviso... ¡qué atrocidad!...

Fué una tarde... Tarde trasparente y fresca, tarde de idilio, en que todo sonreía. Habia ido á dar un paseo por la rada, con unos amigos, pero el mar se picó demasiado, y nos volvimos. Recuerdo que sentía angustia en el pecho, que mis nervios temblaban, y que algo indefinido, helado, la ansiedad cruel del presentimiento, penetraba mi ser. .

Llegué muy deprisa á mi casa; ¿para qué? No sé, pero recuerdo que fui muy deprisa. Cuando llegué, los últimos rayos del sol caían blandamente sobre el pórtico de entrada, y las innumerables flores del jardín despedían sus embriagantes perfumes...

La puerta estaba abierta, y entré, sin que los criados me vieran. Crucé el vestíbulo,

atravesé una sala, un gabinete, otra sala... mi mujer no estaba por allí.

Solo los rayos del sol, claros y tristes, penetraban por las ventanas, como dando el último adios á mi dicha. Pensé ir á buscarla á nuestro gabinete, al precioso nido de nuestras confidencias, y, como si nó fuera dueño de mí mismo, como si algún ser invisible me gobernara en aquellos momentos, me quedé un instante parado, ante una ventana, desde donde se veía, enfrente, á través de la galería, aquel gabinete.

Y, á la manera que se definen en el blanco lienzo las figuras del cinematógrafo, así apareció en mis retinas atónitas aquel cuadro, combinado por el mismísimo demonio... ¡Rosario, mi mujer, estaba junto á un hombre, que la acariciaba con arrebatos de pasión!...

No, no fué ilusión de los sentidos; lo ví bien, hasta oí el chasquido de sus besos; estuve allí mirándolos, inerte, como un espectador de piedra... ¿Cuánto tiempo?... No sé si fué medio segundo ó medio siglo.

La oleada de sangre que subió á mi cabeza, fué el telón que me ocultó aquella es-

cena... Sentí un nudo en la garganta, que me impidió gritar, que me iba á ahogar...

Instintivamente extendí los brazos para matar, para estrangular, pero estaban demasiado lejos...

Se me crisparon los nervios, se dilataron mis ojos, vi fantasmas que corrian por un inmenso mar de sangre, sentí el calor de los trópicos y el frío del polo; luego los espasmos de terror... y salí corriendo, huyendo, tropezando con los muebles, loco...

Solo sé que me alejé de la ciudad, que dejé atrás los muelles, que anduve mucho, hundiendo mis pies en las arenas de la playa, que me caló la lluvia, y me embarqué; y al día siguiente, cuando volvió á salir el sol y mis nervios se aplacaron, me encontré en el camarote de un vapor transatlántico, con rumbo á Europa...

\*  
\* \* \*

Luis calló. El estudio habia quedado en completa oscuridad. Solo se destacaba el busto claro de la Venus de Milo, y algunos

destellos que la última claridad del día arrancaba á los objetos.

No veia á Luis; pero, del sitio donde se hallaba, sentí un suspiro profundo, como un eco de dolor, y una exclamación sorda y acusadora: «¡infame! ¡infame!»...

---





## Remordimiento

Apagó rápidamente la luz, y quedó solo, de pie, en medio de completa oscuridad. Sintió entonces de improviso una sensación angustiosa, que le llenó el corazón y le subió, como un escalofrío, por la espalda. Aquello era miedo, verdadero miedo. Comprendió que había que salir de allí, y salir pronto. Anduvo unos cuantos pasos, y tropezó con un mueble; estaba desorientado. Apresuradamente, con los dedos temblorosos, restregó una cerilla... El fósforo se deshizo, sin brotar la luz, dejando en sus manos el vaho luminoso del fuego fatuo... Al fin encendió, miró alrededor espantado, y salió de prisa de aquella habitación, donde le acusaba todo con el lenguaje mudo y aterrador de las cosas...

En la calle hacía mucho frío. No había nadie. Sólo vió á lo lejos la silueta de alguien, que marchaba aceleradamente, dejando atrás el eco rítmico de sus pasos, como el tic-tac de un reloj... Él iba despacio; los deshilvanados pensamientos formaban en su espíritu una trama confusa, caótica, en la que no había un solo punto de luz ni asomo de una idea; sentía, sí, algo oscuro y ardoroso en lo íntimo de su ser; una sensación desconsoladora, un desgarramiento interior, el pavor de lo que ya no tenía remedio...

¿Qué había hecho? ¿Qué maldita conjunción de circunstancias había producido la explosión súbita de aquella locura, de aquel arrollamiento de lo que siempre respetó?... Sentía la soledad y desaliento del vencido, el ansia del que resbala, la angustia de quien ha causado un daño irreparable..

\*  
\* \*

El propósito firme, el deseo de regeneración, el ansia de ideal, sentido allá á lo lejos como sostén de la vida, como un compañero que lo alentaba en las amargas lu-

chas diarias... aquel mundo espiritual que se había creado en días de laboriosa perfección, aquel sueño de dulce sosiego y de tranquila paz, los había deshecho un momento de pasión, las fulguraciones de la fantasía desbocada, insensata...

Ya no había remedio. La alegría del espíritu, la confianza en sí mismo, las veía deshechas y cambiadas en cruel incertidumbre; el concepto honrado, la estimación de sí propio, se hundían en triste desaliento; hasta su pequeña fortuna tendría que sacrificarla... Ya nada valía, nada era, nada podía hacer, sino rodar á un abismo de sombras é inquietudes.

Y el amor, aquel amor soñado casi desde la infancia, cuya vitalidad concibió en los amaneceres de días risueños, y cuyos deliquios imaginó al sentir el halago de los húmedos bosques de la Alhambra, saturados de melancolías y perfumes; aquel amor intenso, fuerte como la muerte, ideal, que encarnaba en la sonrisa de una niña enamorada, en el reflejo inteligente y cariñoso de unos ojos compasivos, en los primores de un cuerpo juvenil, delicado y honesto..

aquel amor del abrazo eterno, capaz de saciar el ansia indecible del corazón, era ya imposible; se había transformado en incendio diabólico, de llamaradas intensas y rápidas, que se apagaron en seguida, dejando sólo en las cenizas el rescoldo del desencanto, el temor de la amenaza, del escándalo, del drama necio con aquella mujer, que dejaba caer sobre sus morbideces sensuales las lágrimas estériles del más vulgar delito...

\* \* \*

¡Y qué clara era aquella noche! La luna resplandecía con más intensidad que nunca en la oscuridad del cielo, y su luz, que había contemplado tantas veces en momento de idealismo y de éxtasis, resbalaba suave por la tranquila fachada de las casas; todo respiraba quietud; le parecía que la ciudad entera dormía el sueño de la honradez, y que él sólo velaba, como ser maldito, llevando en el alma el arpón doloroso del pecado...

Siguió andando, sin lograr poner en orden sus pensamientos, sin dejar de sen-

tir el roer del fatal gusano allá en lo hondo... Cruzaba las calles solitarias, iluminadas sólo por aquella luz pálida, que dejaba en medrosa sombra los umbríos rincones. En una plazuela se levantaba silenciosa iglesia, cuya erguida torre mudéjar se destacaba, estrecha y alta, como una faja negra... Al mirar la tenue claridad que se transparentaba por las redondas vidrieras del templo, sintió la nostalgia instintiva de sus abrigadas naves; pensó en la dulce paz que habría allí, donde las imágenes de los santos, con sus mantos oscuros y sus nimbos dorados, se contemplaban siempre en silencio; le pareció ver las lámparas de plata que oscilaban lentamente, como si cabecearan en un suave sueño, el parpadeo misterioso de las pequeñas luces delante de los santuarios, arrancando reflejos de los retablos, de los marcos de los grandes cuadros, cuyas figuras se destacarían risueñas ó imponentes...

Y él permanecía allí, en medio de la calle, helándose de frío; y al andar, confuso y desconcertado, le parecía que caminaba por un desierto de nieve, y que lo seguía siempre una sombra que lo acusaba...





## Crepúsculos granadinos.

Luces deslumbradoras, colores vivísimos, sublime belleza, infinita melancolía... ¡Oh, tú, mi Granada, eres la ciudad de los crepúsculos! En ninguna otra son tan espléndidos, tan expresivos y saturados de poesía. Parece que han quedado en tu cielo, para perenne recuerdo, las huellas brillantes de tu pasado oriental; la inmensa tristeza morada de Boabdil; el rojo encendido de la cólera de Aixa; el verde intenso de la sagrada túnica del valeroso Zagal; la palidez celeste de Moraima; el sonrosado pudor de nácar de la ideal Lindaraja... Todas las tardes, en la plenitud de tu cielo, renacen tus glorias y reverdecen tus grandezas, porque allí eres grande y hermosa, en las fulguraciones de luz de tu

ocaso... En tus incendios dorados y carmesíes, se vé el manto de tu realeza nazarita, y se comprende que fueras Corte de un reino poderoso; que tuvieras mil torres, y miles de miles de azoteas, para contemplar todas las tardes la incomparable muerte del sol, y el llegar de la noche al cielo ya sin luz, claro y triste, donde brilla el lucero aislado, como una lágrima divina, temblando de emoción...

Tus crepúsculos son la expresión de tu carácter, que tiene la delicada tristeza de los recuerdos felices; ellos son tal vez los que hacen sentir, lejos de tí, la inmensa y punzante nostalgia de tu ausencia. Ese cielo tan rico de colores es el que nos embriaga y nos sujeta á la cintura de tus colinas y á la ternura de tus valles; y si como ciudad te vemos pobrísima y entristecida, apiñadas tus casas humildes, que parecen que se esconden avergonzadas, en la brillantez de tus crepúsculos aparece, soberbia y deslumbradora, tu espléndida diadema de sultana...



## Evocación.

Los paseos estaban solitarios y se extendían como largas fajas blancas, con festones de verde oscuro; el sol se había ocultado, pero todavía, en los cristales de la alta torre de las escuelas de Aguirre, reverberaban los resplandores rojos del crepúsculo; todo era silencio, y un aire suave, que tenía ya la frescura de la noche próxima, y en el que ondeaban aun algunas ráfagas de perfume femenino, acariciaba el rostro.

Mirando desde los paseos al fondo de los bosquecillos, sentíase el aliento de la sombra espesa y húmeda, que atraía con la seducción del misterio.

Giraban aturridos los murciélagos, y, sobre la superficie inerte del estanque, se reflejaba la claridad mortecina del cielo...

Mi pensamiento, cansado, parecía haber·

se quedado dormido; el corazón, en cambio, latía con fuerza, y en cada latido, en vez de sangre, dejaban escapar sus válvulas torrentes de amargura.

¡Me encontraba tan solo! ¡Solo en Madrid, á solas con mi ambición! La maldita ambición que había agostado mis sentimientos, apagado las luces del corazón, lanzado mi vida por eriales abrasados; la que me había llevado allí á luchar ahogándome; la que me había robado el alma, y ensangrentado con las dolorosas espinas de la realidad...

Me preguntaba qué fué de mi primera juventud, y no me respondía ni el eco de un recuerdo feliz, ni las cenizas de un amor pasado, ni el dejo sabroso de la felicidad gozada... Solo preocupaciones, sólo delirios nunca realizados...

Aquella serenidad de la tarde, aquella intensa melancolía que me embargaba, hacían revivir en mi memoria las sensaciones juveniles, los anhelos sentidos con emoción de lágrimas, las vagas y soñadas aspiraciones que me infundieron los hermosísimos paisajes, los grandiosos monumen-

tos de mi ciudad nunca olvidada... Si hubiera tenido á mi lado un amigo, un amigo siquiera á quien poder contar las íntimas tristezas... ¡cuánto habríamos hablado! Le hubiera explicado el relieve profundo, la huella imborrable de aquellas emociones que habían modelado mi alma, en la ciudad morisca, con ensueños candentes, con languideces extenuantes, con ambiciones deslumbradoras é indefinidas, con el ansia de una sensualidad abominable, de amores locos, de un más allá jamás, jamás logrado... No, no se hubiera reído, como los amigos de Fornos, si le hubiera dicho que yo llevaba dentro de mí la inmensa tristeza adormecedora de los maravillosos crepúsculos de mi tierra... la poesía enervante, el íntimo sentimiento de humillación y sacrificio, el profundo desprecio de aquella vida de excepticismo, entre periodistas viciosos, yo que tal vez tenía en las venas sangre de los Beni-Marines, de aquella que se derramaba para escribir una alabanza á Dios ó el nombre de una hurí...

Sentía por primera vez el hastío de la vida, el desgajamiento interior que hace

pensar en la muerte como en un descanso, como en un calmante para hacer cesar las náuseas del vivir; todo mi ser se debilitaba, mis piernas querían doblarse...

Como decoración de teatro cayeron todas mis ambiciones, y quedó mi espíritu desnudo, sin ningún deseo, sin ninguna esperanza. Comprendí que era una necedad el querer ser rico, y un imposible el llegar á serlo, sin más palanca que el trabajo; me pareció ridículo ser diputado, ¿para qué?, para oír á aquellos majaderos barbarizar en el salón de conferencias; sentí lo inútil y odioso del estudio, la lucha asquerosa de las oposiciones, para obtener un cargo que, con todo su aparato, me proporcionaría solo el derecho á un mezquino jornal y á un aburrimiento perpétuo... Presentí que la gloria literaria es solo un nombre, un cántaro vacío, y la literatura pasatiempo vicioso é inútil... Me ví pobre y torpe; toda mi inteligencia reducida á una lucecilla insignificante, como una lámpara de aceite; sentí todos los tormentos del trabajo, del trabajo necesario para vivir, sin esperanzas de éxito ni consuelos de virtud; pasaron por

mi imaginación los rostros estúpidos de todos mis amigos, sus risas cínicas, sus despiadadas frases de egoísmo; sentí el escozor del desprecio de la mujer amada, y comprendí qué lógica y qué discreta era al no quererme á mí, hombre desilucionado é inútil, y preferir á otro más honrado y de más méritos... Todos mis vicios, todos mis pecados, se presentaron á mis ojos con acusadora claridad; todas las estupideces que había hecho y pensado en mi vida se levantaron contra mí; y sentí un vacío espantoso, lo que sentirá tal vez el condenado en el infierno, vacío en el pasado, en el presente, en el porvenir...

¡Y con qué oportunidad, con qué instintivo y maravilloso poder trágico, surgió entonces en mi imaginación el recuerdo de mi amigo Alfredo, que se suicidó una noche en una callejuela de Granada!... Y aterrorizado, lo ví destacarse allí del fondo verdoso del estanque, como lo ví aquella noche, con las ropas manchadas de barro, con cuajarones de sangre en la frente, y en la boca, entreabierta, un gesto de supremo espanto...





## La herencia.

Todo estaba igual. El paseo, solitario y triste, con el río escaso y murmurante á un lado, y las antiguas casas al otro; los árboles, enmarañados y llenos de polvo, dejando pasar sin dificultad los rayos de un sol que abrasaba; la fuente negrusca, carcomida, con la estatua medio deshecha de Neptuno, sosteniendo en la mano el surtidor, por donde saltaba el agua cristalina...

Los mismos rincones de las estrechas calles, inundados de frescura y misterio; el convento, por cuyas celosías oscuras nunca se veía á nadie, pero se adivinaban las monjas, con sus hábitos blancos y los ojos negros; aquella plaza, donde el edificio del Ayuntamiento proyectaba sus largos bati-

mentos de sombra en la rojiza piedra; y las calles pintorescas con la desigual alineación de sus casas, que hacía formar esquina al edificio, de fachada blanqueada y polvorienta, con la moderna construcción, estrecha y alta, correcta y simétrica, que se echaba atrás, dejando más espacio expedito á la vía pública, y poniendo más de relieve la inoportunidad y vejeces del vecino...

Me parecía que la gente me miraba con silenciosa simpatía, como si agradeciera la que en el fondo de mi alma me producía cuanto encontraba al paso.

Ni ruidos discordes, ni el rumor sordo de Madrid, ni apiñamiento y confusión de personas. Todo en quietud, no exenta de majestad; la vida lánguida de provincia, que tanto se presta á la comodidad y al ensueño, á los placeres serenos y al sosiego del espíritu...

Anduve al azar, perdiéndome en las antiguas calles conocidas, triste y alegre, sintiendo el punzante estremecimiento del recuerdo, y la pena de ver aquel espejismo de una realidad pasada.

Así estuve todo aquel día; al siguiente,

fuf á ver mi finca, á tomar posesión de mi pobre herencia en el barrio morisco.

Deslumbraban las casillas blancas, con los reflejos del sol. Por encima de las tapias, que parecían próximas á derrumbarse, asomaban la cabeza ramas alegres de frutales, hojas brillantes de laureles, parras retorcidas, como serpientes; grises y desparramadas higueras, erguidos cipreses que inclinaban su copa para verme pasar... En algunas calles no había un alma; al ruido de mis pasos salían corriendo las lagartijas, cuyos rabillos verdes asomaban entre los desconchados de la cal, y oía el zumbido de los pájaros que levantaban el vuelo de entre mis pies...

En los recodos de las calles, desde las placetillas irregulares, se veía el campo en lo hondo, un mar verde, que se extendía, con ráfagas amarillas y oscuras, hasta llegar á la Sierra. Me detenía un instante á contemplar en silencio aquellas perspectivas, aquellos cuadros humildes y risueños, que despertaban en mi memoria sensaciones pasadas, éxtasis de amores soñados...

A veces, un jardinillo abandonado, cuajado de flores y de bojés, con su alberca enmedio, me detenía con bocanadas de aliento húmedo y perfumado. Era un rincón ignorado del mundo para esconder la felicidad de los humildes. Ambiente de rosas, rincones oscuros, entre los mirtos y cipreses, como entradas de un palacio encantado, desorden espontáneo, con el arte supremo del instinto; las plantas y las flores combinándose á su capricho, contándose sus íntimos secretos, ó riendo como locas de las cosquillas del agua; allí encontraba el idilio ardiente, real y vivido, que jamás cantó ningún poeta; allí la novela de amores y celos, luchas de la conciencia y languideces del corazón; allí tal vez la tragedia sencilla, la muerte que pasa sin ruido, la suprema angustia, entre la luz y el perfume...

Encontrábame ya completamente extraviado, y pregunté á una chiquilla si sabía donde estaba el Carmen de San Nicolás.

—Siga V. esa calle arriba,—me dijo,—tome V. á la izquierda, donde está la alfa-

rería, baje la cuestecilla, y en lo hondo, á la entrada, verá una adelfa muy grande... allí es.

Seguí, como Dios me dió á entender, las señas de la muchacha; más á no ser por la adelfa, que era magnífica, y asomaba su florido cuerpo sonrosado por encima de la puertecilla del Cármen, quizás no hubiera dado con él.

Apenas traspasé la puerta, siguiendo el sendero de arena que dividía el jardín hasta llegar á la casa, sentí el ladrido un perro; ladró el animalillo dos ó tres veces solamente, sin moverse de la sombra donde estaba echado, sin cólera ni alarma, con mucha pereza, como si cumpliera su obligación de avisar á los de casa, y nada más. Al ladrido del perro, siguió una voz argentina y muy penetrante, que gritó:—¡Madre, un caballero!...

Después gran silencio, sin que nadie pareciera; seguí andando despacio, deteniéndome á contemplar las flores y el jardín. Estaba este formado por cuadros aislados, donde las flores, plantas y arboles, sembradas á granel, crecían á su capricho; tan pronto veía un rosal con deslumbrantes

rosas, de rojo vivo y aterciopelado, como débiles guirnaldas de violadas espuelas, que se inclinaban al suelo, ó haces de amarillos jaramagos, recostados sobre un boj de verde oscuro; á la derecha, había una glorieta formada con columnas y arcos de ciprés macizo y recortado, que de lejos parecía un templete azulado, como de pagoda india, y más de cerca, un arco de triunfo para que pasara un poeta ó un héroe... Una escalera media derruida servía para ascender á un murallón árabe, por cuyas saeteras entraban al asalto ramas de almeces, arraigados entre las piedras grises y los ladrillos rotos, en el paramento de la muralla que daba á la hondonada; á lo largo del pretil seguía el tronco de una parra, tendida como un cable, en la que brotaban á su gusto los sarmientos que interrumpían el camino, y acariciaban la cara de quien se aventuraba por aquel alto sendero, siempre caldeado por el sol, que hacía despedir fuego á los carcomidos sillares moriscos; y la vieja muralla suspendida entre el cielo y la tierra, parecía mirar con soberano desprecio, con desprecio real de sultana, el

trascuro de los días, del tiempo, de todo lo que pasaba en la tierra y en la ciudad, apiñada allá abajo, á lo lejos...

Recostado sobre la pared, á la medio sombra; deslumbrado por el intenso color verde de los pámpanos, que me rodeaban, y por el brillar del cielo, me quedé extasiado, casi dormido; perdí la conciencia del presente; sentí la sugestión del pasado morisco, la embriaguez de la pereza musulmana, un deleite penetrante, mezclado de tristeza profunda; el dulce desmayo de las fuerzas, una borrachera de sol y de poesía, evocadora de sueños candentes y vagos, que llegaban y se alejaban, quebrándose como los hilos de un perfume oriental...

Comprendí claramente porqué lloran los surtidores del Alcazar; porque son tan apasionados y tristes los versos de las kasidas, escritos en los mármoles de las fuentes y los baños; porqué tan vivos los colores de los alicatados, en que se mezclan el rojo y el azul, el oro y la nácar; adiviné la soñolencia de aquel pueblo que vivía adormecido bajo los mirtos, al arrullo del agua, soñando con un paraiso de huríes, lejano,

ínasequible, al que había que llegar derramando la sangre por tremendas heridas...

Y uniendo á aquellas reminiscencias de nuestro pasado morisco las impresiones de la propia vida, se me ofreció, lo mejor de ella, compendiado en las horas pasadas bajo los arcos de la Alhambra, en los torreones rojizos y los umbríos bosques, sin pensar en nada, sin envidiar nada, gozando con los perfumes de los arrayanes, y con el agua cristalina que bajaba saltando... Ó sintiendo otras veces la emoción religiosa en la dulce penumbra de las iglesias mudajares, bajo el hermoso artesonado; la impresión solemne de la muerte junto á los blancos sepulcros de la capilla Real; y el hálito luminoso de la fé, bajo las grandiosas bóvedas de la Catedral... Y recordando esta paz de la infancia, el cariño de los parientes muertos, el sabor poético de nuestras casas, de nuestra ciudad, de nuestras costumbres, sentí que se humedecían mis ojos, y que un dulce refrigerio, una deliciosa tristeza llenábame el corazón...

—¡Que le vá á dar un tabardillo!—oí gritar de improviso á mi lado.

Y me encontré delante de una mujer alta, arrugada, curtida por el sol; cuyo cabello, blanco y despeinado, le caía sobre la frente.

—Le gusta el sitio, eh!... Ahora hace mucho calor para pintar...

—Yo no soy pintor... soy el dueño del Carmen.

—En este mismo sitio estuvo el otro día un inglés, *sacando* un cuadro muy grande...

—¡Pero mujer, si no soy pintor!... ¿Y usted es la encargada de esto?...

—Le traeré una silla... ¿Dónde ha metido el lienzo?...

Me eché á reir, mirándola fijamente, y ella, comprendiendo que no hablaba acorde, me dijo señalándose al oído: Es que soy sorda... ¡Niñaaa!...

Entonces por entre las matas apareció saltando, riendo y cantando, una jovencilla morena, graciosa, con ojos muy negros, lo mismo que el hermoso pelo que rodeaba su cara picaresca.

—¡Por la otra puerta!... Mi madre no oye ni á cañonazos... Y poniendo sus labios en el mismo oído de la vieja, le repetía á voces lo que yo le preguntaba.

—¡De manera que V. es el sobrino de D. Juan! ¡Válgame Dios, y yo que lo he visto tan chiquito, cuando su tío lo traía de la mano, vestido de enaguïllas!... Pues está V. en su casa... ¡Todo esto es suyo!... ¡Pobre D. Juan! no se me olvida; tanto como le gustaba venir aquí... Mire V., allí en la plazoleta se sentaba; allí le traía yo algo que merendar y su botellita de vino, y se pasaba las tardes, no sé si rezando ó pensando, qué sé yo... ¿Vé V. aquel rosal tan hermoso?... Pues ese lo plantó él, y recuerdo, recuerdo muy bien, que me dijo: «Frasquita, estas rosas no las veré yo»... Y ¿quién iba á creer que era verdad, que se lo daba el corazón?..

Y la pobre Frasquita lloraba limpiándose las lágrimas con el delantal. De pronto quedándose tranquila, exclamó:—Pero que hacemos aquí plantados! ¡Vamos, verá usted su finca!

Y ví, en efecto, aquella casa humilde, aquellas habitaciones pequeñas y casi ruinosas, con restos árabes, tal vez de hermosísimo palacio; humedecí mis labios en el chorrillo de agua cristalina del pilar; pasé

revista de comisario á las largas hileras de macetas de albahaca, geraneos y yerbaluisa; visité al orgulloso pavo real, que se paseaba como un bajá por el jardín; y mientras oía el torrente de coplas vibrantes de la vivaracha Isabel, y aspiraba el delicioso perfume de los jazmines, trascurrían las horas, se incendiaba el poniente con maravillosos resplandores, plateábase el cielo, subía la brisa húmeda del Dauro, y yo pensaba en aquella herencia de luz, en aquel capital de poesía, que era también una herencia de melancolías y de ensueños...

---

